



Entre los admiradores de la obra de Raemaekers estaba Maeterlinck, que afirmaba que «sus dibujos no son sólo obras maestras de consumada habilidad, sino verdaderos actos decoraje y justicia». La historia del maestro holandés empieza con el llamado «Rape of Belgium», la invasión germana en Bélgica, que le hace saltar y dibujar para que eso no se repita en Holanda. 50 millones de soldados empezarán a ver entonces al emperador alemán a través de sus ojos.

Héroe de papel

La editorial Ginger Ape Books recupera las viñetas de la I Guerra Mundial del dibujante holandés Louis Raemaekers

Carlos Sala

BARCELONA- Un lápiz puede ser un arma de extrema persuasión y violencia, y no precisamente porque se lo puedas clavar a alguien en el ojo. El ejemplo más ilustrativo de esta afirmación es la vida del dibujante holandés Louis Raemaekers. Durante la I Guerra Mundial se convirtió en el enemigo número uno de los alemanes y

no porque fuese un sagaz líder de tropas o un vigoroso y valeroso héroe, sino porque sus extraordinarias viñetas de guerra fueron la herramienta propagandística más eficaz de los aliados. Incluso Theodore Roosevelt le señaló a un hombre de genio y ejemplo a seguir. «Sus viñetas constituyen la más poderosa contribución a la causa de la civilización durante la Gran Guerra», dijo.

El arte es capaz de seducir y enamorar conciencias, pero también de asfixiarlas y estremecerlas. Las viñetas de Raemaekers demonizaron tanto a los alemanes que, para cualquier ojo neutral, era imposible no ver a los teutones como bárbaros y sádicos animales. Tanto es así que el propio gobierno germano puso precio a su cabeza, 12.000 guineas, un buen precio para una única

cabeza. «Sus imágenes son los más durables estigmas de la crueldad militar, una crueldad que él nos achaca exclusivamente a nosotros», lloraba en 1916 el célebre periodista y actor Maximilian Harden.

La editorial Ginger Ape Books acaba de publicar «Historia en viñetas de la Gran Guerra», una selección de las más de 500 imágenes que este germanófilo dedicó al conflicto de la I Guerra Mundial. Son parte de la compilación original realizada por James Murray Allison, pero aquí están acompañadas muy inteligentemente por pequeños textos, desde fragmentos de gente como Nietzsche o A. J. Balfour, a artículos de prensa de la época, mensaje del presidente

Wilson al congreso americano o del mismísimo canciller alemán.

La crudeza y el patetismo de las imágenes de Raemaekers se mezclan con una rabia que se hace visible en cada trazo y hacen de estas viñetas auténticas bofetadas, obras de arte llenas de vigor e intención. «Ni el olvido podrá contra el lápiz vengador de Raemaekers», comenta el prologuista Rubén López Conde



Gaudí, el arquitecto de Dios



Lluís Martínez Sistach
Cardenal arzobispo de Barcelona

El interés universal que suscita nuestro Antoni Gaudí ha llevado a algunos a calificarlo como ecologista. Si con esta afirmación se quiere remarcar que Gaudí, en su obra creadora, se inspiró en la naturaleza, la afirmación es obvia. Es conocida su frase: «Este árbol que hay delante de mi obrador, este es mi maestro».

Sin embargo, durante la vida de Gaudí la naturaleza no era vista como un entorno amenazado por la acción del hombre que hay que salvar o preservar. Este sentimiento

es posterior a Gaudí, y obviamente tiene razones sólidas.

La naturaleza, tal como la veía Gaudí -y la vemos los creyentes-, es sobre todo una obra de Dios, una creación divina, con unas leyes que se deben comprender para prolongar la obra de Dios. En este punto la tradición gaudiniana ha conservado otro pensamiento, que puede provocar una sonrisa benévola en el hombre secularizado de hoy. Gaudí no quería que la altura total del templo de la Sagrada Familia superara la altura de la montaña de Montjuïc, «porque la obra del hombre no debe ser superior a la obra de Dios».

La naturaleza en la que Gaudí buscaba la inspiración y la armonía de sus creaciones era una creación

divina, con unas leyes que se debían comprender y una belleza que había que admirar e imitar. Gaudí, más que un salvador de la naturaleza, era un admirador, un descifrador de sus misterios, en los que veía la huella divina.

La calificación de Gaudí como el arquitecto de Dios la utilizó un sacerdote de Barcelona muy sensible a las cuestiones del arte, mosén Manuel Trens, en un artículo publicado con ocasión de la muerte del arquitecto. Decir que Gaudí quiso ser el arquitecto de Dios no es una afirmación gratuita. En casi todas sus obras, de forma subyacente, hay

una clara voluntad de reproducir, continuar y mejorar la obra de la naturaleza, que para él era tanto como decir la obra divina.

Gaudí veía la naturaleza, por tanto, como la arquitectura creada por Dios y se veía a sí mismo como el intermediario arquitectónico entre Dios y los hombres, como el interpretador y el prolongador de la creación de Dios. Gaudí quería terminar sus creaciones con la cruz de cuatro brazos en el punto más alto, como se cumplirá cuando se acabe la Sagrada Familia.

En 1991, al cabo de ciento cuarenta años del nacimiento de Gau-

dí, se fundó en Barcelona una asociación para promover su beatificación. Ya completados los trámites del proceso a nivel diocesano, ahora la causa está en Roma. Tenemos la esperanza de que un día podremos ver al gran arquitecto en los altares.

Si este deseo se cumple, será el primer arquitecto de la historia que haya entrado en el santoral cristiano. Y, ciertamente, entrará como una mirada sobre la naturaleza profundamente franciscana y como un genio que expresó en toda su obra la voluntad de prolongar la obra de la naturaleza, identificada como la obra de Dios. En este sentido, el título de arquitecto de Dios se convierte en una clave para entender toda su actividad creadora.

Gaudí veía la naturaleza como la arquitectura creada por Dios